





TODOS SE LLAMABAN  
JUAN PIEDRA



Hernán de la Cruz Enciso

TODOS SE LLAMABAN  
JUAN PIEDRA



Primera edición: enero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Hernán de la Cruz Enciso

© Dibujo de portada: César Aguilar Peña, «Chillico»

ISBN: 979-13-87612-28-3

ISBN digital: 979-13-87612-29-0

Depósito legal: M-1430-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Charo Rodríguez Osorio.*

*A los mineros kechwas de Pamputa, Conccacca y Progreso.*

*A las comunidades de Cotabambas, Mollepiña, Totorá,  
Ayahuay, Pachaconas, Pampamarca, Unchiña, Paucarayá,  
Iscahuaca, Vilcabamba (Curahuasi), Chacña, Huancabamba,  
Pichirhua, Yaurecc, Huillcayhua y Cceñaurán.*



## Prólogo

Las máquinas del bienestar humano fueron, en su estado primitivo, trozos de algún cerro y pasaron por las rudas y encallecidas manos del minero. ¿Quién no ha tenido computadoras, cucharas, ventanas de metal, artefactos eléctricos, una puerta? Todo eso es minería.

Sin huesos, la gente no podría moverse. La humanidad tampoco. Los músculos y los esqueletos de la sociedad moderna fueron elaborados de hierro, y las venas, de cobre. El oro es, a su vez, ingrediente principal del chip y motor del circuito financiero mundial, y la tercera parte de esa producción, en el Perú, fue extraída de las entrañas de la Tierra por cien mil hombres topo.

Los kechwas y aimaras de Apurímac, presentes en este libro, se convirtieron en mineros por necesidad. Podían parasitar las instituciones estatales. O quedarse en casa y sobrevivir, así como nacieron, arañando la pura tierra y convertirse en una pesada carga para el Estado (precisando, en consecuencia, de asistencia social perpetua), o dedicarse al robo de toros y caballos en los pueblos aledaños (siendo necesario, por tanto, producir más policías, jueces y fiscales para controlarlos).

Pero no. Cansados de ser, por siglos, los apestados en política, los nadies en economía y los objetos ornamentales en turismo, decidieron hacer minería artesanal en los cerros de su propiedad. Se volvieron, así, en socios del Estado y en aliados de la sociedad, pagando más impuestos y generando más puestos de empleo que la gran minería. Solo democratizando la economía —al insertar

más desocupados en el trabajo productivo— habría menos delincuencia, cero terrorismo y nula prostitución.

Pero el Estado peruano, dirigido —como en la Colonia— por leguleyos y no por estadistas, comenzó a perseguirlos a balazos y con la cárcel con el único fin de sacarlos de sus labores y entregar los cerros a las transnacionales de la minería (esos monstruos con piel de cordero que se han llevado del Perú, en treinta años, más oro que España en tres siglos y acaparan durante decenas de años, contra toda regla del libre mercado, alrededor de veinte millones de hectáreas concesionadas). En ese contexto, aparece un Juan Piedra, y dos Juan Piedra..., miles de Juan Piedra. Y una simple huelga de mineros deriva en una batalla interminable, tensa y silenciosa, entre dos civilizaciones: el Allin Kawsay andino y la Civilización del Capital.

# 1

¿Alguna vez has escuchado la historia del gallo desplumado? ¿Nunca? ¿Y conoces, por casualidad, la fórmula de la escalera? ¿Tampoco? ¿Y sabes que las singularidades geográficas del Perú pueden ser retratadas, también, por las formas de evacuar las aguas servidas del cuerpo humano? ¿No lo sabes? Entonces, lector de escasa experiencia, es necesario que acompañes al gallo desplumado en su viaje por los desiertos más secos y candentes del planeta, donde las personas, igual que las teteras, miccionan vapor de agua; o zambullirte en el verde mar de la selva y descubrir que la orina no sale por la uretra, sino por los poros, en forma de sudor; o escalar las altas cordilleras, a la misma morada de los cernícalos, donde el pipí se convierte en hielo antes de tocar suelo.

Pues bien. Cuando digo gallo desplumado, no me refiero a ese afamado tenor vestido de harapos que desde la noche de los tiempos despierta puntualmente a los habitantes de los villorrios más apartados. El gallo de la historia verídica que voy a narrar es, más bien, un joven tartamudo de poca estatura llamado Nicanor Oropeza, aunque, por su piel oscura, como expuesta al sol por demasiado tiempo, las mujeres lo conocían con el apodo de Yanagallo ('Gallo Negro', en runa simi).

Los sucesos comenzaron en La Ricotona, un asentamiento provisional de la costa peruana hecho de palos, esteras y madera, y habitado por puros forasteros. Tres calles angostas nacían al pie de un cerro casi púrpura y morían en una llanura cubierta de arena, una geografía árida, hostil y silenciosa, aunque la vida hacía oír su

delicada voz desde el interior de los campamentos y de la otra orilla del pueblo. Por allí descendía de la sierra un río de escasas aguas regando paltos y huarangos, y se perdía en la dirección del mar a través de un valle estrecho poblado de alfalfares.

Nicanor arribó a La Ricotona montado en las barandas de un camión y se alojó en el hospedaje Plaza de Armas. El colchón y las frazadas del hotel olían a ejemplares del monte, y el catre, hecho de madera frágil, se quejaba de dolor de columna en cada movimiento del cuerpo. La primera noche, se acostó completamente vestido, así dormía la gente en las aldeas de su procedencia; pero en la madrugada se despojó de toda la ropa, pues su aposento de madera se había convertido en un infernal ambiente de sauna, a causa del bochorno de abril.

Al día siguiente, muy temprano, tomó un desayuno frugal en la fila de quioscos de comida al paso. Luego salió a explorar los cerros de los alrededores. ¿Y qué encontró en estos abismos cubiertos por el polvo de los desiertos? Bocas herméticamente cerradas que guardaban gases venenosos, y fauces redondas con dientes que alguna vez tragaron centenares de seres humanos, y gargantas divididas en una red infinita de galerías oscuras. Estoy hablando, lector de fecunda imaginación, de las minas españolas abandonadas en los mil ochocientos y reactivadas cuando el mundo contrajo, otra vez, la gran fiebre de los minerales.

Este era un nuevo mundo para Yanagallo. Caminaba de bocamina en bocamina, observando con especial atención el incansable trajín de los trabajadores del socavón. Preguntaba qué nombre recibía aquella artesa de metal con ruedas de motocicleta, y cómo se llamaba esa fábrica de huracanes con cola de serpiente cuyo soplo descomunal podía derribar al cristiano más corpulento, y qué poderoso artificio producía esos truenos subterráneos que causaban pequeños temblores en la tierra. Muy pocos se dignaban a darle explicaciones. Le informaban, más bien, que en ese campamento de esteras había plazas vacantes para un cocinero y su ayudante, y, al otro lado de la cumbre, en una labor de puertas ovaladas, ofrecían

el puesto de lugarteniente de compresorista, y, más allá todavía, casi al borde del desierto, el de piloto manual de coche minero. En todas partes requerían personal para los menesteres propios del mundo subterráneo, pero Nicanor no se interesaba en las ofertas de trabajo. Al igual que los hijos de Chumbivilcas, quienes llegaban arrastrados por ese poderoso imán que es el oro de veintiún quilates, no deseaba trabajar para otro; quería ser empresario.

¿Pero cómo hacer realidad su sueño si no poseía dinero para levantar un campamento decente y, peor aún, desconocía totalmente ese oficio de fortachones que es la minería artesanal? Para completar su desgracia, no disponía de equipos y maquinarias ni de los implementos más rudimentarios de la actividad: combas y puntas. Sin embargo, lo que le faltaba en tamaño y fuerza le sobraba en paciencia y laboriosidad, y, sobre todo, conocía la fórmula de la escalera.

Abandonó pronto el hospedaje Plaza de Armas y, seguro de que el supremo motor del mundo es la voluntad, se instaló en una cueva del cerro con sus dos ollas y sus cuatro platos. Y, con las herramientas usadas que le donaron algunos mineros caritativos, pasaba los días haciendo huecos detrás de los únicos lugares donde estaba prohibido catear: las letrinas. Pero esa extraña manía de abrir huecos junto a las construcciones de estera destinadas a la evacuación de excrementos terminó días después, cuando derribó, involuntariamente, una choza con una mujer sentada dentro. A causa de este percance —gravísimo, por cierto—, estuvo a punto de ser echado del asentamiento minero, pero le permitieron quedarse porque era un muchacho honrado y respetuoso.

En los siguientes días, limpió los desmontes de una veta abandonada. Trabajaba desde la madrugada hasta la noche, incluso los fines de semana y feriados. No sacaba mucho oro, apenas unos gramos para sobrevivir.

Aprendió, pronto, los secretos del oficio.

Semanas después, volvió a catear detrás de las letrinas abandonadas, esta vez en el sitio más alejado del pueblo para evitar inci-

dentes desagradables, y ¡suerte de gallo!, encontró por fin una veta de oro de buena ley: dos onzas por tonelada. Con el producto de la primera venta construyó una carretera desde La Ricotona hasta la bocamina, dos kilómetros de distancia por peñascos y arenales, y un campamento de madera fina, con cocina, comedor y dormitorios. Contrató luego un perforista experimentado llamado Roberto Gonzales, cinco operarios huancavelicanos y una cocinera buena-moza que alborotó con su presencia a medio gallinero.

Descubrió enseguida, de forma casual, lo que todos los gobernantes de Lima le habían ocultado al país: los cerros eran bancos con una gran caja fuerte en su interior y, para hacer minería, no había necesidad de inversión extranjera. Es más, en la comercialización de los minerales, especialmente el oro, el productor no iba en busca del mercado, sino todo lo contrario...

Conocidos y desconocidos pronosticaron que Nicanor llegaría a ser el empresario más grande de Arequipa. Todos se equivocaron. Pasado algún tiempo, Yanagallo terminó lavando platos en un restaurante de Lima y durmiendo en el techo de un edificio.

¿Cómo cayó tan bajo después de poseer una prometedor veta de oro? Debido a dos aficiones nada buenas que, en una sola noche, lo echaron a la bolsa del diablo: las mujeres y el licor. Buena presencia no tenía, bailarín de cumbia no era, menos un seductor; pero las cocineras y las pallaqueras caían en sus brazos como las moscas en un plato de miel. No era ojo alegre, el otro nombre de la promiscuidad. Nicanor era por dentro un niño demasiado triste, un pájaro sin plumas tratando de sobrevolar un profundo abismo; y, creyendo que el amor es un punto geográfico en el cuerpo de una mujer, había reducido todas las fórmulas amoratorias al simple encuentro mecánico de los cuerpos.

Sin embargo, a pesar de sus problemas existenciales, le iba más o menos bien en el emprendimiento. Trajo de Nasca una compresora de segunda mano y llevaba mineral con regularidad a las plantas de Chala. Hasta que se encontró en las angostas calles de La Ricotona con la joven pallaquera más bella que se haya visto

jamás, una desconocida vestida con pantalón *jean* blanco modelo escopeta.

—Tú eres Luciano, ¿verdad? —le preguntó ella, amablemente.

Tocado por una corriente eléctrica paralizante, Nicanor respondió titubeando:

—La verdad, señorita, yo no me llamo Luciano.

Ella insistió:

—Tienes la misma contextura de Luciano, incluso el mismo color de piel. ¿Alguna vez nos hemos visto en las llanuras de Leqlespampa?

Otro muchacho hubiera dicho sí, luego ya se buscaría una salida; Nicanor, en cambio, no sabía mentir.

—Nunca, señorita —respondió con un temblor en la voz, seguro de que no la había visto antes, ni en su pueblo ni en otro lugar.

La joven se disculpó, enrojeciendo de vergüenza por haberle confundido con otra persona, y disimuló su equivocación regalándole una sonrisa de despedida que, en realidad, era de bienvenida. Luego se perdió caminando despacio en medio de los campamentos de palos y estera.

Yanagallo permaneció en su sitio, fijo como una estaca, delineando con la mirada las curvaturas de la enorme culata; y, cuando sus ojos arribaron a esa zona donde el dedo toma grandes decisiones —el gatillo—, sintió despertar al soldado que todo varón lleva dentro. «Un tirito al blanco no estaría de más», se dijo, y pensó luego en minero: «Mierda, la quiero», convencido por primera vez de que esta mujer había sido cortada a su medida de una tela tan antigua como fina y exótica, y dejarla ir no tendría perdón.

El terremoto emocional fue fulminante. ¡Pobre Yanagallo! Su pequeña cabeza se había llenado de ella y ahora le costaba trabajo respirar. Dormía desde la salida del sol hasta el atardecer, y de noche recorría, sonámbulo, los peñascos más peligrosos, abandonando la mina en manos de sus trabajadores. La producción del mineral se redujo a su mínima capacidad y pronto dejó de llevar carga a las plantas de Chala. Tiempo después, solo para no perder

el sentido de la realidad, tomó la pala y el pico, y volvió a laborar en el socavón con el mismo entusiasmo de antes, elevando en algo la producción. Supo después, haciendo averiguaciones, que la señorita de sus ojos se llamaba María Luz Merino Marcas y trabajaba como pallaquera —y, a veces, ayudante de cocina— en el campamento de Gervasio Tello, el dueño de Veta Dorada.

¿Cómo averiguar más sobre ella?

María Luz tenía una amiga, una joven cocinera de veinticinco años llamada Josefina. Era una morena de cabellos color azabache, de unos ojos vivaces e inteligentes que miraban muy dentro de uno. Nicanor la buscó, y una tarde de domingo la llevó a tomar refresco cerca de la plaza principal.

Josefina intentó ser breve. María Luz, de veintitrés años, había venido de las punas de la provincia de Andahuaylas escapando de los veinte hombres que llegaron a su casa, a pie o montados en caballos finos, atraídos por su belleza de mujer de las cordilleras y por el oro de su cerco.

—¡Veinte hombres! —se sorprendió Nicanor—. Cuéntame, por favor...

—Fue después de la muerte de su padre...

—¿Ella ya no tiene padre?

—No...

—Dime todo lo que sabes —insistió Nicanor.

Josefina contó solo la mitad y, para graficar los hechos con exactitud, retrocedió un año y unos meses más.

María Luz pastaba ovejas cerca de su estancia de Leqlespampa, donde vivía con sus padres. En esas soledades, no había una escuela donde estudiar, pero las primeras letras que le enseñó su madre eran suficientes para leer los libros que la tía Gertrudis le enviaba de Andahuaylas. A veces, para acompañarse, cantaba con voz de torcaza, recordando tiempos del futuro porque dentro de su corazón no existían todavía los dolores y las alegrías del pasado. Los viajeros interrumpían el paso y se sentaban sobre las piedras a escucharla y llenarse de energía musical. Luego, se iban por un

camino apenas visible del pajonal. Así era siempre. Pero, cierta vez, un jinete desconocido se salió del camino y se aproximó a galope en un caballo bayo, *patacán, patacán, patacán*. María Luz se asustó tanto con su presencia que se olvidó de su propio nombre. ¿Adónde escapar? El forastero, un joven de ojos pacíficos, estuvo a punto de apearse, pero no lo hizo porque, en ese momento, Trueno se plantó delante, ladrando. Si se bajaba del caballo, solo saben los apus qué hubiese ocurrido entre ella y él en medio de los ichus.

El desconocido permaneció a su lado un buen rato sin decir una sola palabra, escribiendo algo en un cuaderno; luego se marchó por el camino de los arrieros después de arrojarle un papel doblado en dos.

María Luz levantó el escrito, que decía:

«Mis ojos han visto valles apacibles, pastora de voz melodiosa. Mis pies han recorrido calles empedradas y caminos polvorientos. Tú no estás sola, hilandera de nubes blancas. Ahora que te conozco, yo tampoco. Me acompaña el recuerdo de tu voz y la imagen de tu cuerpo. Si un día logro volver, me quedaré a tu lado para siempre y te hablaré de otros pueblos y te cantaré canciones de esperanza. Tú hilarás mis sueños y me mostrarás los secretos de tu pecho. El calor de los cuerpos fundirá nuestra sangre en un crisol de arcilla, y otro día nacerá un ser de bronce que tallará estas cordilleras y cabalgará en el viento. Luciano».

«¿De qué pueblo será ese joven que escribe cosas tan bonitas?», se preguntó María Luz; y, cuando quiso averiguar su procedencia, el jinete de piel quemada por el frío ya se perdía a trote en la remota lejanía, cada vez más pequeño, más chiquito...

De pronto, María Luz cambió de proceder: dicharachera en la estancia, presa de la ansiedad en el pajonal. Pasteaba las ovejas en el mismo sitio, aguardando el retorno del jinete que le escribió ese texto aderezado con novedosas palabras de amor, y lo quiso con toda su carne, deseando que todos los caminos lo trajeran de regreso. Nunca volvió. Entonces, temiendo que fuera el espíritu del Jarwarasu en la figura de un caballero errante (ya se sabía de una

pastora de Ronco convertida en piedra después de acoplarse con un desconocido, que resultó ser quién sabe quién, menos gente), dejó de esperar y se refugió en los libros de la tía Gertrudis.

«Con que Luciano, ¿no?», pensó Nicanor y comprendió, recién, por qué, cuando se vieron por primera vez, ella mencionó insistentemente ese nombre, y ahora se arrepentía mil veces de no haberle dicho: «Yo me llamo Luciano», aunque fuera en broma.

—Necesito saber de los veinte pretendientes...

—A eso mismo voy —respondió Josefina—. El interés de esos hombres tiene algo que ver con el oro...

Ese año se prolongó demasiado. Pasaron, uno detrás de otro, los tiempos de la siembra, el cultivo y la cosecha de papas, y se presentó nuevamente el mes de las primeras lluvias: noviembre. En esos días, hubo noticias de Luciano.

—¿Otra vez Luciano? —se incomodó Nicanor.

—O alguien otro —dijo Josefina—. O me dejas contarlo todo, o no cuento nada —añadió, haciendo el gesto de querer levantarse de la mesa.

—Está bien... Escucho...

Era mediodía. El cielo comenzó a tiznarse con polvo de maíz, luego con el hollín del incendio, y un amaru comenzó a escalar las nubes moviendo la cola con lentitud de serpiente gigantesca. El amaru es un ser de vida cuando libera lluvia fresca, pero puede convertirse en un ser de destrucción si descarga rayos y truenos. María Luz juntó enseguida las ovejas con la ayuda de su perro y, por precaución, tomó el camino de regreso a Leqlespampa, una estancia de cuatro chozas y dos corrales al otro lado de la colina. En ese momento, sus padres la esperaban en la cocina, sentados alrededor de la fogata, y, apenas la vieron entrar, volcaron sobre el mantel cierta inquietud.

—Esta mañana han venido de visita dos muchachos desconocidos. Vinieron en camioneta. ¿Quiénes son? —le preguntó Feliciano.

—¿Cuáles muchachos, *taita*?

—Sabes de qué estamos hablando, hijita —intervino Genoveva, su madre—. Dinos la verdad. Ya estás en edad de casarte y nosotros no nos vamos a oponer.

María Luz dudó un instante. ¿Uno de los visitantes habría sido el jinete que la hizo temblar de deseo con palabras dibujadas en un retazo de papel?

«Si un día logro volver, me quedaré a tu lado para siempre y te hablaré de otros pueblos y te cantaré canciones de esperanza. Tú hilarás mis sueños y me mostrarás los secretos de tu pecho. El calor de los cuerpos fundirá nuestra sangre en un crisol de arcilla, y otro día nacerá un ser de bronce que tallará estas cordilleras y cabalgará en el viento».

Aunque..., si fuera él, hubiera venido en un caballo bayo y no en camioneta, y acaso le hubiese dado alcance en la llanura.

—Papá, mamá, yo no sé de qué hablan ustedes —dijo ella, muy segura.



## 2

Feliciano recordó, entonces, lo que había sucedido esa mañana en la estancia. Una camioneta blanca se estacionó en la entrada y dos jóvenes entraron al patio saludándole en un español sin gotas de lengua nativa. Genoveva (en ese momento preparaba almuerzo en la cocina) escuchó sus voces, pero no pudo verles la cara.

—Queremos comprar su cerco —dijo uno de los jóvenes, sirviéndole cañazo en un vaso de vidrio.

Feliciano rechazó el licor.

—El cerco no está en venta, caballeros —respondió.

Los forasteros, especialistas en convencer a los mismos árboles, insistieron. No deseaban el terreno, sino las piedras nada más.

—¿Y para qué las quieren?

Los visitantes se miraron de soslayo.

—Las moleremos y haremos mazamorra, señor —bromeó uno de ellos—. Le vamos a pagar el valor de veinte toros. ¡Piénselo!

Feliciano se incomodó. Esta gente venía a burlarse de modo tan grosero sin saber cuánto cuesta hacer un cerco en medio de una llanura sin árboles y sin piedras, una pampa pelada como la cabeza de un calvo.

—Yo levanté esos muros piedra sobre piedra, señores —dijo—, y eso fue después de mi accidentado matrimonio con Genoveva. Un juego de juventud...

Los visitantes se sentaron en los poyos del patio y escucharon la confesión de Feliciano con excesivo interés.

Era la fiesta de los carnavales, y los adultos abandonaron en la llanura a niños, ancianos y jóvenes, y se marcharon a la capital del distrito al galope arrastrando troncos de *qeñua*. Ya sin ellos, el más viejo de los ancianos, Manuel Enciso, improvisó una yunza con el argumento de que nadie vino al mundo a vivir soportando penas, menos en la fiesta de los primeros frutos. Los jóvenes cargaron luego, entre todos, un eucalipto mediano desde la quebrada hasta Leqlespampa, animados por quenás, tinyas y cascabeles. El árbol, ya plantado en plena carretera, fue vestido con serpentinas.

El festejo comenzó bajo una alegre llovizna, y los muchachos cantaron y bailaron ya en ronda, ya en pareja. Feliciano y Genoveva, ambos de diecisiete años, tumbaron la yunza y recibieron como premio harta chicha de jora. Después, cuando ya oscurecía, se retiraron juntos para hacerse compañía, por si había condenados en el camino. En el trayecto ocurrió algo que para ellos fue un verdadero descubrimiento, y la novedad les gustó; y creyendo que sus padres no volverían hasta el final de los carnavales, como otros años, decidieron amanecer en la misma cama. En la madrugada llegaron sus padres y sobrevino un escándalo mayúsculo. Un mes después, los casaron y, como castigo «por andar apurados en asuntos de mayores», los obligaron a vivir en una choza abandonada.

La vida en pareja sería fascinante, eso pensaron Feliciano y Genoveva. Pronto despertaron a la cruda realidad al caer en la cuenta de que no tenían ni ollas, ni herramientas de labranza, ni animales, y, lo peor, faltaba una casa buena donde vivir.

—Era demasiado pronto para comprometernos —advirtió la recién casada luego de prestarse utensilios de cocina.

El *ayni* los salvó de la pobreza extrema, cuando, andando los días, los vecinos y los familiares les trajeron papa y maíz, vaquillas y ovejas, arados y lampas. Y, para hacer casa y cerco, la comunidad les donó dos hectáreas de tierra en Leqlespampa, cerca de donde tumbaron la yunza. Los pastores les ayudaban a fabricar adobe. De ese modo levantaron las dos primeras chozas; y, para hacer el primer cerco, Feliciano trasladó piedras en la espalda desde la

orilla del riachuelo, casi un kilómetro de distancia. En una semana, construyó apenas tres metros de muro. Pasó los siguientes días abriendo la tierra aquí y allá, con la esperanza de hallar roca.

—¿Estás buscando petróleo? —le bromeaban los caminantes.

Andando el tiempo, encontró por casualidad, cerca de la choza, una cantera de piedras rojas, y en los siguientes días extrajo, con barreta y puntas, los materiales necesarios para levantar los muros. A los siete meses, ya había un cerco en la pampa. El segundo corral se levantó con el mismo material cuando, al cabo de algunos años, Adelmo Marcas, el hermano menor de Genoveva, vino a instalarse al costado de la estancia.

—No pierdan el tiempo, caballeros —les dijo Feliciano, finalmente, a los jóvenes forasteros—. Yo no les voy a vender el cerco, nunca, ni por todo el oro del mundo. Es el único pastizal con que cuento para los tiempos de sequía.

—Volveremos —dijeron los jóvenes y se marcharon por la carretera apenas transitable.

Feliciano entró en la cocina y, sentado a la mesa, se puso a sorber sopa de cebada sin decir palabra. El «Volveremos» de aquellos muchachos le sonaba a amenaza. Su esposa le preguntó qué querían esas dos personas que entraron saludando en voz alta y se retiraron en silencio.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo me estás ocultando.

—Querían comprar nuestro cerco... Bueno, las piedras nada más.

—¿Y para qué?

—No lo sé... Ofrecieron pagar el valor de veinte toros.

Genoveva dejó de comer y se le quedó observando.

—¿Tanto? —le preguntó, escandalizada—. Pues debiste llamarme. Con hablar no perdemos nada. Nuestra hija no tiene zapatos ni buena ropa. Nosotros tampoco.

Genoveva sacaba las cuentas cada vez que vendían carneros y toros. Ella entendía de números porque había estudiado hasta segundo grado de primaria. Feliciano, en cambio, nunca había ido a la escuela.

—Parece que han venido por otra cosa, mujer —respondió él, después de una pausa—. Tengo la sospecha de que uno de ellos es el novio de nuestra hija.

—¡Eso no es cierto, papá! —dijo María Luz, soltando una carcajada—. ¡Yo no tengo novio!

—Tal vez se trate de un pretendiente —supuso la madre.

Las dudas quedaron. Si vinieron por la hija, retornarían en cualquier momento con música, comida y licores, costumbre ancestral para pedir la mano de una doncella. En verdad, María Luz esperaba que regresen y que uno de ellos fuera el jinete elegante llamado Luciano, y no viniera en camioneta, sino montado en un caballo de paso, con poncho rojo.

Los desconocidos retornaron la siguiente semana, y no precisamente a pedir la mano. En esos días, Feliciano, Genoveva y María Luz bajaron al valle a cultivar maíz, dejando las ovejas al cuidado de un pariente; y, cuando volvieron, alguien se había cargado varios metros del corral de las vacas. Allí estaban, aún recientes, en la puerta de la casa, las huellas del camión modelo ciempiés. Entonces, se acordaron de los dos forasteros que querían comprar las piedras del cerco.

—¿Quiénes eran, Feliciano? —preguntó Adelmo Marcas.

—Cómo voy a saberlo. Me olvidé de preguntarles.

—Debiste avisar a las autoridades.

—Tenían facha de personas decentes.

—Debemos tener cuidado, Feliciano. Vivir cerca de la carretera siempre nos ha traído problemas. Nos han robado toros, cazaron nuestras gallinas, se llevaron tus cerdos...

La insólita noticia llegó caminando a la capital de la provincia, siempre por la vía regular. El gobernador del distrito informó al subprefecto y este comunicó con un oficio al puesto policial; el comisario la filtró al redactor de Policiales. El artículo se publicó en el diario *Opinión* el siguiente sábado: «En las alturas de Leqlespampa, a ciento veinte kilómetros de Andahuaylas, ciertos sujetos desmantelaron un cerco y robaron en un camión varias toneladas de roca. Dichas piedras, según las características descritas en el acta del go-

bernador, son de color amarillo y se deshacen con el leve roce de las manos. Y, por su formación porosa, no sirven para hacer casa ni otra cosa. Sin embargo, según el ingeniero Nilo Aiquipa, pueden contener algún valioso mineral».

¿Valioso mineral? Adelmo, quien escuchó la noticia en una radio portátil, corrió a la choza de Feliciano y repitió la novedad en voz alta.

—¡Es posible que nuestros cercos cuesten mucho dinero! —dijo en runa simi.

Las pesadillas comienzan, a veces, como un sueño encantador.

Feliciano y Adelmo partieron a caballo hacia la capital de la provincia, dos días de viaje por colinas, laderas y hondonadas. Querían informarse a cabalidad. En Andahuaylas se alojaron en la casa de un paisano, en las orillas de una cloaca llamada Chumbao, en otro tiempo un riachuelo de aguas diáfanas lleno de sapos vocingleros.

—Deben traer las rocas del cerco, varios kilos, y enviarlas a un laboratorio de Lima —les aconsejó Nilo Aiquipa.

El análisis fisicoquímico del laboratorio arrojó un resultado alentador: dos onzas de oro, veinticuatro de plata y dos por ciento de cobre.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Adelmo, el más avisado de los dos.

—En cada diez costales de roca, equivalente a una tonelada métrica, hay sesenta gramos de oro, veinticuatro onzas de plata y unas gotas de cobre.

—¡Carajo!

Adelmo terminó de entender, por fin, por qué caía tanto rayo en Leqlespampa y en la Llanura de los Ichus. Era por el mineral. Fue un relámpago el que mató a su esposa mientras pastaba ovejas y lo dejó viudo tan joven, cuando su único hijo, Rosendo, tenía apenas dos años.

—El gramo de oro cuesta cien nuevos soles —aclaró el ingeniero—. ¿Y cuántos metros de cerco tiene cada uno?

—Yo, treinta —respondió Adelmo.

Y Feliciano:

—Yo, más de cuatrocientas brazadas.

El ingeniero se frotó las manos.

—Ahí tienen una verdadera fortuna —dijo—. Lleven esas piedras a Nasca y véndanlas antes de que los ladrones las carguen todas. Con ese capital, construyan canales de irrigación, cercos vivos o corrales con alambres de púas. Llenen la pampa de árboles nativos. Mejoren el ganado y eduquen a sus hijos. Es mucho dinero lo que van a recibir, miles de soles.

Feliciano aprovechó el momento para comentar, por el mero gusto de hablar, que cerca de la cantera, tapada con rocas planas de *alaymosca*, había encontrado una escalera de canto que descendía al mismo corazón de la Tierra. A estos agujeros de la pampa los comuneros llamaban *pajari*.

—Lo tapé con las mismas piedras de *alaymosca* para que no se caigan los animales —dijo.

Estos huecos abundaban en toda la cordillera, los famosos yacimientos abandonados por incas y españoles, y el ingeniero Aiquipa lo sabía, como especialista en minería; y, si las transnacionales habían concesionado todo el territorio comunal, como explicó luego, tenían motivos suficientes, y quizá debajo de las estancias y los pajonales había toneladas de oro y otros metales preciosos.

—Sería bueno que averigüen qué hay abajo —sugirió el ingeniero—. Tal vez hay tesoros por quintales.

Así, abrió las puertas del infierno.

Feliciano y Adelmo tomaron, de inmediato, el camino de regreso y llegaron a Leqlespampa en un día, un viaje que se hacía normalmente en dos. Hasta los caballos vuelven rápido a su querencia, comprobado está, mucho más si los jinetes son, como lo eran, de estatura pequeña y contextura delgada.

No pudieron dormir esa noche. Al día siguiente, antes de que los gallos entonararan su himno, quiquiriquí, limpiaron los terrones de la cantera, destaparon la boca del *pajari* y, armados de linternas de mano, se internaron en las entrañas del cerro.

—Aquí debe haber sapos y culebras —decía Feliciano mientras descendían, despacio, por una escalera de piedras finamente construida.

Cerca de la entrada, los muros de roca y arcilla estaban impregnados de líquenes y helechos. Más abajo, hallaron una cueva grande, donde había un casco de metal en forma de plato, y al levantarlo descubrieron, debajo, una bola blanca con ojos y dientes: la cabeza de un esqueleto humano. Adelmo, asustado, estuvo a punto de lanzar un grito de terror.

—Tranquilo —le dijo Feliciano—. Maulas y badulaques nomás tienen miedo a los huesos de un muerto.

La escalera iba derecho al centro de la Tierra. Y bajando, bajando, por los intestinos de roca y barro, cada vez más lejos, terminaron perdiéndose en un laberinto de callejones sin fin que llevaban a todas partes y, al mismo tiempo, a ningún lado. Así estuvieron muchas horas, buscando el camino de regreso, aturdidos hasta casi perder la razón por el olor a olvido de siglos. Las linternas de mano empezaban a apagarse. Entonces, tomaron rumbos distintos para buscar la salida por separado.

Adelmo encontró la puerta y volvió a casa en la madrugada. Feliciano no salió. Al otro día, Genoveva pagó diez carneros a cuatro peones para que lo buscaran y les entregó linternas de mano con varias pilas de repuesto y fiambre para tres días. Adelmo y los rescatistas, dirigidos por un perforista minero experimentado, volverían una semana después arrastrando las armaduras de un soldado español del siglo XVII. De Feliciano, ni las ojotas. El oro cuesta, a veces, demasiado caro.

—Es una mina abandonada —explicó el perforista—, y abajo hay una ciudad entera con calles y campamentos, con salidas hacia otros cerros.

María Luz y su madre, sumidas en profunda tristeza, hicieron un entierro simbólico de las ropas del jefe de la familia en el cementerio de la pampa, aunque no perdían la esperanza de que Feliciano se apareciese cualquier día en la puerta de la casa, cargando una barreta colonial.

El cerco de oro, cuya noticia fue masificada por los radios, atrajo a los primeros pretendientes de María Luz. Los solteros se presentaban disfrazados de gente de calidad, con sombrero de ganadero y zapatos de gamonal: los sobrios contando chistes para adueñarse de su sonrisa, los borrachos llorando de tristeza para abrir una trocha hacia su corazón. Ninguno era Luciano, el jinete de Leqlespampa.

—Los hombres que vienen por interés, hijita, no son para toda la vida: se marchan cuando el oro se acaba —le decía Genoveva, irritada, atendiéndolos por compromiso.

Para trastornar más las cosas, se presentaron después los viudos y los separados, alentados por la muerte de Feliciano. Todos ofrecían protección y una vida empedrada de amor y felicidad, promesas claramente inalcanzables, y todos se estrellaban contra la indiferencia de María Luz. Imposible seducir con estudiadas maneras y fino ropaje a una lectora de libros.

Genoveva, cansada de verlos llegar uno detrás de otro, fue contundente:

—¡Respeten el plazo de luto —dijo—, después lo que quieran! Era una decisión sensata.

Los pretendientes anunciaron volver en un año. Pedirían la mano a la antigua. Es decir, vendrían en compañía de compadres y parientes, trayendo licor en odres y comida en peroles, y plantarse en su puerta —si fuera posible todo el mes— hasta escuchar la mágica palabra: «Sí». Sin embargo, seguían rondando la estancia y las llanuras, sobre todo las pampas donde María Luz pastaba las ovejas, a tal extremo que Trueno, el perro guardián, se quedó sin voz de tanto espantarlos a ladridos. Por eso, para huir de las garras de estos gavilanes sin plumas, María Luz se subió a un camión y se marchó con la tía Gertrudis al campamento minero de La Ricotona. Allí conoció a Nicanor Oropesa, a quien confundió con Luciano, el joven jinete que le escribió un texto cargado de alcohol emocional.

—Gracias por la revelación, Josefina —dijo Nicanor y se marchó.